

donde se echa lleva consigo la enfermedad, poco importa tampoco que el espíritu enfermo de deseo y de codicia se halle en medio de las riquezas, ó en el seno de la pobreza: su mal no le abandona. (*Lib. I. de Remediis fortunæ*).

El pobre tiene la situación que quiere: si se fastidia y se rebela, sus días son laboriosos, penosos y miserables; si se resigna, sus males se dulcifican y desaparecen...

El pobre que tiene una buena conciencia es infinitamente más rico que el que no la tiene.

Nos quejamos muchas veces de la pobreza; murmuramos de Dios... Y sucediendo así, la pobreza parece un peso insostenible, y no tiene mérito alguno.

Por lo demás, ¿cuántas personas son pobres por culpa suya? Perdeis en el juego y en la disipación lo que ganais durante la fuerza de los años; nada acudaláis; más tarde languidecereis en la miseria: ¿no lo habeis querido?

Teneis familia; en vez de cuidarla y ahorrar agotais en gastos inútiles cuanto tenéis; pronto os vereis en la penuria y vuestros hijos irán medio desnudos: ¿no lo habeis querido?

¿Cuántos pobres disfrutarían del bienestar, si se hubiesen portado cristianamente! Pero, lejos de bendecirla, Dios maldice esta pobreza. La gracia se aleja de los que se han dejado caer en ella; suten sin consuelo y sin mérito, porque sus malas pasiones son las que á tal extremo las han conducido, y no la voluntad de Dios...

Lo que es preciso practicar para tener el mérito de la pobreza.

Para tener el mérito de la pobreza, es preciso: 1.º renunciar al amor propio y á la vanidad...; 2.º no fiarse de la inteligencia propia, y no escuchar exclusivamente el propio juicio y la propia voluntad...; 3.º considerarnos sin bien alguno que proceda de nosotros mismos, pues todo deriva de Dios y de su gracia...; 4.º meditar sobre la nada de los bienes del mundo...; 5.º estar convencidos de que merecemos mayores penas que la indigencia...; 6.º tener la vista fija en la recompensa prometida á los pobres voluntarios resignados...; 7.º unirnos solamente á Dios...; 8.º pensar muchas veces en la muerte...; 9.º ofrecer á Dios las privaciones y los sufrimientos nuestros.

Es preciso ser pacientes, no murmurar, no desconfiar de la Providencia, no desanimarse...

Habia, dice el Evangelio, habia un mendigo llamado Lázaro, que, cubierto de úlceras, estaba echado á la puerta de un rico avaro. (*Luc. XVI.—20*). San Crisóstomo enumera nueve aliciones crueles que pesaban sobre Lázaro: 1.º la pobreza...; 2.º una grave enfermedad...; 3.º el abandono...; 4.º su posición en la puerta de un rico que iba magníficamente vestido y pasaba su vida en los festines...; 5.º la crueldad de aquel rico...; 6.º la falta absoluta de amigos...; 7.º la esperanza de los bienes que debe traer la resurrección menos afirmada de lo que fué despues de Jesucristo...; 8.º la larga duracion de sus males...; 9.º el hambre, la sed, el frío y la desnudez... (*Homil. I de Lazaro*).

Dificilmente se hallaria un pobre que estuviese sujeto á tantos males y miserias.... Sin embargo, Lázaro se resignó, no murmuró, ni desesperó....

## POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS.

Los novísimos ó postrimerías son muerte, juicio, gloria, infierno, eternidad. Gran desgracia es olvidarse de los novísimos. Olvidarse de cosas tan importantes, no preverlas, y no prepararse á ellas es la mayor desgracia del hombre. Porque olvidar la muerte es dejar de prepararse á ella, y exponerse á morir con la triste y fatal suerte del pecador; lo que es una irremediable desgracia.

Olvidar el juicio de Dios es despreciarlo; terrible será entonces aquel juicio: olvidarse del Cielo es una gran desgracia, porque entonces no se hace nada para merecerlo, y se pierde; y, perdido el Cielo, todo está perdido. No pensar en el infierno es emprender su camino; y el que emprende tal camino, cae en él, lo que es la más horrible desgracia. Olvidarse de la eternidad es perder el tiempo y la eternidad. ¿Puede imaginarse nada más sensible? Y sin embargo, ¿cuán general es el olvido de las postrimerías en el mundo! Por esto lanza Jesucristo aquel espantoso anatema: ¡Desgraciado del mundo! *Vie mundo!* (*Math. XVIII. 7*).

Raza sin consejo ni prudencia, dice el Señor en el Deuteronomio; ¿por qué no abren los ojos? ¿por qué no comprenden? ¿por qué no prevenen sus postrimerías? *Gens absque consilio est et sine prudentia; utinam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!* (*XXXII. 28-29*).

No has reflexionado en tu corazón, dice Isaias, no te has acordado de las postrimerías: *Non posuisti hec super cor tuum, neque recordata es novissimi tui.* (*XLVII. 7*).

Es una sorprendente y horrible imprevision, es una imprudencia incalculable en sus consecuencias por parte de los hijos de este siglo, olvidar las cosas futuras, no considerar las postrimerías, para hacérselas favorables y asegurarse la felicidad eterna.

Muy justamente les insultarán los malos espíritus en el infierno. ¡O almas desgraciadas, dirán: sabiais que existia un infierno, y no lo habeis evitado, pudiendo hacerlo tan fácilmente! Os habeis olvidado de vuestras postrimerías; todo lo habeis perdido: *Neque recordata es novissimi tui.* (*Ut supra*).

Nos hablan de nuestros novísimos, los conocemos, creemos en ellos, y obramos como si fuesen para nosotros una cosa extraña! ¡Y no nos volvemos mejores! ¡O ceguedad! ¡O supremacía locura! ¡O hombres estúpidos y dignos de lástima! No pensar, no penetrar, no temer cosas tan graves y no prepararse á ellas, es el colmo de la locura y de la necedad.

En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, recordad vuestras postrimerías, y no pecaréis: *In omnibus operibus, tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (*VII. 40*). La razon de esto es evidente; porque el fin que nos proponemos ha de ser el principio y la regla de todas las acciones; y así pues el fin de todas las cosas está esencialmente contenido en las postrimerías.

Cuán útil es el recuerdo de las postrimerías.

Todos los hombres obran con un fin determinado; ¿por qué no han de obrar sin perder de vista los novísimos?...

Es fácil resistir cuando sentimos la tentación de ofender á Dios. Basta hacernos la siguiente pregunta: En la hora de la muerte ¿querria yo haber cometido este crimen? No. Cuando esté en el juicio de Dios; cuando me halle en la balanza de la justicia de mi Juez, ¿querré que el peso de mis pecados sea mayor que el de mis virtudes? No. Y para ello he de evitar el pecado y practicar la virtud. ¿Quieres ir al Cielo por el juicio de Dios? Sí, y he de trabajar para ganar el Cielo. No deseo oír en el juicio aquella espantosa sentencia: Retírate de mí, maldito; anda al fuego eterno... No; he de aplicarme á cerrar el infierno para siempre, evitando sobre todo el pecado mortal.

Cuando entre en la eternidad ¿querré haber perdido el tiempo? No; y por lo mismo es preciso que no pierda ahora un instante. Tales son las saludables consideraciones que se hace el que no olvida los novísimos. Y de esta manera llega á ser como impecable; y en él se cumplen aquellas palabras de la Sagrada Escritura: En todas vuestras acciones recordad vuestras postrimerias, y no pecaréis nunca: *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (Ut supra).

El fin del hombre, que es la bienaventuranza eterna, le hace obrar y lo lleva á huir del pecado y á practicar la virtud como medios de conseguir la bienaventuranza. Por esto dice S. Agustín: La consideracion de esta sentencia: Recordad vuestras postrimerias, y no pecaréis jamás; es la destruccion del orgullo, la extincion de la envidia, el remedio de la malicia, la expulsion de la lujuria, el alejamiento de la vanidad y de la jactancia, el fundamento de la disciplina y del orden, la perfeccion de la santidad, y la preparacion de la salvacion eterna. Para no perecer, mirad en el espejo de las postrimerias lo que sois y lo que seréis, vosotros cuya concepcion es una mancha vergonzosa, cuyo origen es el barro, y cuyo término es la podredumbre. En presencia de esos novísimos, ¿qué es una mesa exquisita, qué son vinos deliciosos, qué es un rico vestido, un hermoso calzado, la molicie de la carne, la gula, la superfluidad de alimentos, la crápula y la embriaguez, el lujo de las casas, la adquisicion de los beneficios y el acaudalamiento de riquezas? (1).

Syracides da una regla de conducta cierta, que ordena y santifica todas nuestras acciones: Elegid en todas vuestras acciones, dice, lo querriais haber elegido y hecho en la hora de vuestra muerte: *In singulis operibus illud elegito, quod in hora mortis voles te elegisse et egisse.* (Anton. in Meliss.)

Diganse todos en cada accion, dice S. Bernardo: Si debieses morir despues de esto, ¿lo harias? *Si modo moriturus esses, faceres istud?* (In Speculo monach.)

Haced todas vuestras acciones como querriais haberlas hecho cuando pare-

(1) Consideratio hujus sententia: «memorare, etc.» destructio est superbia, extintio invidia, mada malaicie, effugatio luxuria, evacuatio vanitatis et jactantia, constructio disciplina, perfectio sanctimonie, preparatio salutis eterne. Ne peccas, vide in hoc speculo quid es, et quid eris, cujus conceptio labe monstrat, origo lutum, putredo linitis. Quid tunc proderit appetitibus cibi exquisitis, potus delicatis, vestis curiositas, caleamenti speciositas, carnis molities, ventris ingluvies, ciborum superfluitas, crapula et ebrietas, domorum constructio, prebendarum acquisitio, divitiarum aggregatio? (In Speculo peccat. c. 1).

cereis ante todo el universo reunido, para dar cuenta al soberano tribunal de Dios. No hagais nada de que tengais que arrepentiros eternamente; evitad lo que os haria llorar inútilmente y sin término, lo que habriais de pagar en el eterno abismo del infierno.

Dedicao á hacerlo muy bien todo, con toda perfeccion, para que tengais que alegraros de todo lo que pensais, de todo lo que decís, de todo lo que haceis, y recibais por ello una rica recompensa en el Cielo. El recuerdo de los novísimos proporciona todas estas ventajas...

No olvideis tampoco que vuestras postrimerias están cerca...; que la última hora es incierta...

El que no teme una mala muerte, ¿cómo habria de temer el juicio y el infierno? Si los hombres pensasen á menudo en el dia de su muerte, preservarían su alma de todo mal deseo y de toda malicia...

O vosotros, que quereis ser dichosos durante la eternidad, medita constantemente estas palabras: Recordad vuestras postrimerias, y jamas ofenderéis á Dios: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* (Ut supra).

Se han olvidado de los novísimos, dice Jeremias, y han caido en un profundo abismo de miserias y de degradacion: *Nec recordata est finis sui, deposita est vehementer.* (Lament. I. 9). Así pues, acordádonos de nuestras postrimerias, no caeremos y si llegamos á caer, volveremos á levantarnos.

Dejamos de pecar, dice S. Gregorio, cuando tenemos los tormentos futuros: *Tunc quippe peccare desivimus, cum futura tormenta formidamus.* (In Moral.)

Imitemos, pues, al real Profeta: He pensado, dice, en los antiguos dias, y he meditado sobre los años eternos: *Cogitavi dies antiquos, et annos aeternos in mente habui.* (CXXVI. 6).

## PREDESTINACION Ó PRESENCIA.

¿Qué es predestinacion?

**S**AN Agustín, en su libro del dón de la perseverancia, capítulo VII, dice que la predestinacion es la prescencia y la preparacion de todos los beneficios de Dios por medio de los cuales se salvan ciertamente todos los bienaventurados. Y en el capítulo XVII añade: Dios dispone lo que ha de hacer él mismo segun su prescencia infalible; esto es predestinar, y nada más.

Segun santo Tomás (1. p. q. 23, art. 1), la predestinacion es el modo con que Dios conduce á la criatura racional á su fin, que es la vida eterna...

Segun S. Agustín, todo lo que Dios da, ha resuelto darlo desde toda la eternidad, y todo lo que ejecuta en la dispensacion de su gracia en el tiempo, lo ha previsto y predestinado ántes de todos los tiempos. En esta dispensacion y distribucion de su gracia en el tiempo, hay una preferencia gratuita para todos los Santos, es decir, para todos los que viven y obran santamente. Esta preferencia está, pues, prevista, querida y ordenada desde toda la eternidad; y esto mismo, dice S. Agustín, es la predestinacion. (*De dono persev., c. VII.*)

Toda la diferencia que hay entre la gracia y la predestinacion, añade san Agustín, es que la predestinacion es la preparacion de la gracia, y la gracia el mismo dón que Dios nos hace: *Inter gratiam et predestinationem, hoc tantum interest, quod predestinatio est gratiæ preparatio; gratia vero, jam ipsa donatio.* (Lib. de Prædest., c. X).

La predestinacion, prosigue aquel gran doctor (*ibid.*) es una prescencia, con la que Dios ha previsto lo que haría: *Prædestinasse est hoc præcisse, quod fuerat ipse factururus.*

Como debo comprender la predestinacion.

San Pablo, en su epístola á los romanos, dice: Dios se compadece del que quiere, y endurece al que quiere: *Cujus vult, miseretur; et quem vult, indurat.* (IX. 18). Tal es la explicacion que ha de darse á estas palabras, y así hemos de entenderlas: Los judíos ó los demás incrédulos han sido rechazados de la justicia; pero los cristianos creyentes han recibido la justicia. Así explicadas estas palabras del apóstol dan la solucion de todas las dificultades. Y es el sentido que el apóstol da á este pasaje: Los cristianos han sido elegidos predestinados para la justicia; y los judíos han sido rechazados de ella; porque los cristianos abrazaron la fe de Jesucristo, y los judíos la rechazaron.

La razon porque los judíos no han sido predestinados, habiéndolo sido los gentiles, es que los judíos han buscado la justicia y la salvacion donde no debian, es decir, en las obras de la ley, y no en la fe de Jesucristo, donde Dios ha colocado la justificacion y la salvacion. Los gentiles, por el contrario, han buscado la justicia y la salvacion en Jesucristo. Es lo que dice S. Pablo. Las naciones que no seguian la justicia, han alcanzado la justicia que viene de la fe. Y siguiendo la ley de justicia, Israel no llegó á la ley de justicia. ¿Por qué? Porque le siguieron, no por la fe, sino en cierto modo con las obras; porque han chocado contra la piedra de tropiezo; como está escrito: Ved que pongo en

medio de Sion una piedra de tropiezo y una piedra de escándalo para los incrédulos; pero cuantos ercerán en él no quedarán confundidos (1).

Jesucristo fué para los judíos una piedra de tropiezo, porque, viendo su humildad, su pobreza y su muerte, no quisieron, ofendidos por su abyeccion, reconocerlo por Mesías; porque esperaban un Mesías rico, poderoso, etc... No es porque Dios haya previsto que serian rechazados, que los judíos lo hayan sido efectivamente. Han salido voluntariamente, dice S. Agustín, han caido con su propia voluntad; y porque Dios habia previsto que caerian, no han sido predestinados; habrian sido predestinados, si hubiesen debido volver y permanecer en la santidad y en la verdad. De ahí resalta que la predestinacion de Dios es para muchos un motivo de vivir santamente. La predestinacion no puede ser para nadie una razon para caer (2).

El hombre no cae porque Dios ha previsto su caída; pero Dios ha previsto su caída porque, efectivamente, se verificaria. Dios predestina la vida eterna á los elegidos; porque ve que corresponderán á sus gracias; los que están reprobados, lo son únicamente porque se resisten á la gracia, y esta resistencia es voluntaria. Dios no ha creado á ningun hombre para el infierno, quien en él cae, cae por culpa suya, por su voluntad depravada. Dios no salva á nadie necesariamente, ni condena tampoco á nadie necesariamente; el hombre es libre; y por tanto puede merecer ó desmerecer...

Hay muchos decretos de Dios que no son absolutos, sino condicionales. En este número se encuentra la predestinacion. Aunque se verifique indudablemente, sólo sucede condicionalmente. Por ejemplo, Dios envia una peste que mata á todos los habitantes de tal comarca; pero este exterminio está sujeto á la condicion de que los habitantes permanezcan en el lugar apestado y no tomen ningun antidoto que tengan á su disposicion...

Lo que en Dios se llama prescencia, no es más que una ciencia; porque en Dios no hay pasado ni futuro; todo lo tiene presente. La eternidad no tiene pasado ni futuro; el pasado y el futuro sólo están en el tiempo.

San Agustín enseña que los reprobados no pueden decir á Dios: ¿Por qué habeis hecho de nosotros vasos de desprecio? ¿Por qué? Porque son ya un monton de barro, es decir, de pecado, despues de la provariacion de Adán. Y aquel santo Doctor concluye diciendo: Si queréis poder decir á Dios: ¿Por qué me habeis hecho? cesad de ser barro, y sed de nuevo hijos de Dios por su misericordia: *Si vis hoc posse dicere Deo: Cur me fecisti? noli esse lutum, sed effice filius Dei per ipsius misericordiam.* (Lib. LXXXIII, q. 4. 68).

Los endurecidos se han hecho á sí mismos positivamente; hé aqui por qué son vasos de ira. Dios no los ha hecho, pero los sufre; es decir, que en su

Los reprobados no pueden decir á Dios: ¿Por qué nos habeis hecho así?

(1) Gentes que non sectabantur justitiam, apprehenderunt justitiam; justitiam autem; que ex fide est. Israel vero sectando legem justitie in legem justitie non pervenit. Quare? Quia non ex fide, sed quasi ex operibus: offonderunt enim in lapidem offensivum; sicut scriptum est: Ecce pono in Sion lapidem offensivum et petram scandalum; et omnis qui credit in eum, non confundetur. (Rom. IX. 30-33).

(2) Voluntate exierunt, voluntate ceciderunt; et quia presciti sunt casuri, non sunt predestinati: essent autem predestinati, si essent reversuri, et in sanctitate ac veritate mansuri: ac per hoc predestinatio Dei multi; est causa standi, nemini causa labendi. (Art. XII. in articulis sibi falso impostis).

paciencia permite que pequen, difiriendo largo tiempo el castigo: en este sentido se dice que los endurece. Dios no ha hecho vasos de ira, sino que ellos mismos se han hecho y preparado con su propia falta y su impenitencia.

Por otra parte, Dios está siempre pronto á conceder el perdón á quien se lo pida. El bien y la predestinación son de Dios; pero el mal y la reprobación vienen de nosotros. Sólo el hombre puede pecar y peccar; pero sólo Dios libra del pecado. Todo obedece á Dios, menos el pecador... Los que se desesperan, ó los indiferentes ó los impíos dicen: Si estoy predestinado para la gloria, no puedo perderla; si no estoy predestinado á ella, por más que haga, no iré al Cielo. Este razonamiento es falso; supone una suerte inevitable.

Así hemos de discurrir: Si me aparto de la iniquidad y practico el bien, seré elegido y predestinado para la gloria; y en mi poder está el obrar así. Si vivo mal, seré reprobado y destinado al infierno. Viviré, pues, bien para no ser condenado, y para ser predestinado á la gloria y salvar mi alma. Porque de la buena vida depende la elección y la predestinación á la gloria; así como de una mala vida depende la reprobación y el infierno. La buena vida es, pues, la causa de la elección para el Cielo, como la vida criminal es causa de la reprobación. Pero la buena y la mala vida están en el libre albedrío, en el poder de cada cual; porque cada cual, con la gracia de Dios, puede vivir bien, si quiere, y puede también vivir mal. Así pues, la elección para la gloria y la reprobación están en el libre albedrío y en el poder del hombre. El que es dueño de la causa es también dueño de los efectos de esta causa. Por esto el apóstol S. Pablo dice: Esforzaos cada día más y más, hermanos míos, en afirmar con vuestras buenas obras vuestra vocación y vuestra elección, porque, obrando así, no caeréis jamás. Y de esta suerte se os abrirá ancha entrada en el reino eterno de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1).

El príncipe de Alemania Luis respondió á unos santos personajes, que le reprendían por sus infames desórdenes: Si estoy predestinado para el Cielo, ningún crimen me impedirá ir; y si estoy destinado al infierno, ninguna virtud podrá hacerme evitar. Entre tanto cayó enfermo, y mandó llamar á su médico. El médico, deseoso de curar su alma antes que su cuerpo, le dijo: Señor, si habeis de morir, mis cuidados no os sustraerán á la suerte; y si habeis de morir, inútiles son mis remedios. El príncipe le contestó: ¿Por qué me respondeis así? Si no recibo auxilio alguno, puedo morir antes de tiempo. Entónces el sabio médico le dijo: Señor, si creéis que vuestra vida pueda protegerse y prolongarse con la medicina, ¿por qué rehusáis creer lo mismo de la penitencia y de las obras de justicia, que son los remedios del alma? Sin estos remedios, muere el alma; sin ellos nadie llega á la salud que se halla en la vida futura. Convencido el príncipe exclamó: Vos sois también el médico de mi alma; porque Dios me saca de un grave error con vuestra saludable palabra. (*Ita Caesarius, lib. I. Hist. c. XXVII.*)

La reprobación, lo mismo que la predestinación, depende de nosotros; depen-

(1). Fratres, magis satagate, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis; hæc enim facientes, non peccabitis aliando. Sic enim abundanter ministrabit vobis introitus in æternum regnum Domini nostri, et Salvatoris Jesu Christi. (II. 1. 10-11).

de de la previsión de nuestra cooperación futura, y la cooperación depende del libre albedrío y de la libertad de cada uno. Porque Dios no se propone elegir gracias y hacer que sean ventajosas y eficaces para los predestinados, y no elige tampoco gracias inútiles é ineficaces para los reprobados; sino que da á unos y á otros la gracia con que puedan obrar bien y salvarse, si quieren. Aún más, quiere, ordena y desea sinceramente que ellos cooperen y se salven. Cualquiera, pues, que trabaje con valor y energía para cooperar á la gracia, hará que la gracia sea eficaz, y se salvará. Por el contrario, el que no coopera, por más gracia que tenga, se condenará. ¿Qué hariais, si Dios quería condenaros? Responded con un Santo: Le abrazaria con mis dos brazos, es decir, con la humildad y el amor, y le tendria tan fuerte, que le obligaria á bajar conmigo al infierno; y entónces el infierno seria para mí el Paraíso, estando Dios conmigo.

Pero, ¿á qué querer comprender el misterio de la predestinación, como tantos otros misterios?

No hemos de escudriñar los secretos de Dios.

O hombre, dice S. Pablo, ¿quién eres para responder á Dios? El vaso dijo al allarero: ¿Por qué me has hecho así? *O homo, tu quis es, qui respondeas Deo? Nuncquid dicit figmentum ei qui se facit: Quid, me fecisti sic?* (Rom. IX. 20).

El que lleva el nombre de hombre, dice S. Gregorio, se va obligado á confesar que no puede pedir cuenta á Dios de su conducta; por lo mismo que ha sido sacado de la tierra, no es digno de discutir ni de escudriñar los divinos juicios (1).

Aquellos á quienes Dios no concede esas singulares gracias; que llevan infelizmente á la fe, y hasta á la salvación y la perseverancia final, no tienen qué quejarse, dice Bossuet. La razón está, dice S. Agustín (*lib. de dono persever., c. VIII*), en que el Padre de familia, que no las debe á nadie, tendria derecho, segun el Evangelio, en responder á los que se quejasen: Amigo mio, no os hago ningún perjuicio; y ¿no me ha ser lícito hacer de mis bienes lo que quiera? y ¿ha de ser vuestra mirada maligna (injusta, envidiosa) porque soy bueno? Si estos murmuradores contestan todavía que en aquella parábola se trata de lo más ó de lo ménos, y no de estar al fin privados de todo, como lo son los réprobos, el Padre de familia seguirá diciendo: No os hago daño alguno, puesto que, si os dejo en la multitud, justamente condenada, de que salís, no teneis qué quejaros de la justicia que contra vosotros ejerzo; y si os he sacado, puramente por mi gracia, de aquella multitud corrompida, y vosotros mismos os habeis vuelto á arrojar en ella, siguiendo la concupiscencia, que ha venido; os hago tanto ménos perjuicio, cuanto que no os he negado las gracias absolutamente necesarias para conservar la justicia, que ya os habia concedido: así es que á nadie más que á vosotros podeis atribuir vuestra pérdida. Y si los tales murmuradores nos dicen todavía que esto es difícil de conciliar con la preferencia gratuita, habremos de cerrales la boca con aquellas palabras de S. Agus-

(1). Respondere Deo non posse convincitur, qui homo nominatur; qui per hoc quod de humo sumptus est, iudicia superna discutere dignus non est. *Lib. IX. Moral., c. VIII.*

tin (*De dono persever.*, c. XIV. n. 37): ¿Hemos de negar lo que es cierto, porque no puede comprenderse lo que está oculto? ¿O será preciso decir que lo que vemos claramente no existe, por no encontrar la razón de su existencia? Y en fin, si la autoridad y la razón de S. Agustín no les bastan, qué responderán al Apóstol, cuando les diga: ¿Quién conoce los designios del Señor, ó quién ha entrado en sus consejos? O hombre, ¿quién sois para disputar contra Dios? ¿No sabéis que sus consejos son impenetrables, y sus vías incomprensibles? (*Rom. ix. 20. xi. 34. Defensa de la tradición, lib. xii. xiii.*)

Dejemos nuestro destino entre las manos de la misericordia de Dios; estará mejor colocado que entre las nuestras. Trabajemos para obrar nuestra salvación, y esperemos; no seremos confundidos...

Medios de asegurar nuestra predestinación

Leemos en la *Imitación de Jesucristo*, c. XXV. lib. 1.º: Un hombre indeciso entre el temor y la esperanza de su salvación, agobiado un día de pesares, se hallaba al pie de un altar, y decía en sí mismo: ¡Oh! ¡si yo supiese que había de perseverar! Y oyó al momento una voz divina que le dijo: ¿Qué harías, si esto supieses? Haz ahora lo que harías entonces, y tendrás la verdadera seguridad. Y al momento, consolado y fortificado, confió enteramente en la divina voluntad. Hagamos lo mismo... Aprended de ahí cuán importante es aplicarse á la virtud y á las buenas obras. Obrar así es una señal cierta de que estamos predestinados por Dios para la gloria...

Preservarse de los pecados y acopiar dignos frutos de penitencia es lo que hace evitar el infierno y abrir el camino del Cielo.

## PRESENCIA DE DIOS.

**D**ios de Dios, dice el gran apóstol, por él y en él que son todas las cosas: *Ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.* (*Rom. XI. 36.*)

Todo es del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo... En Dios vivimos y tenemos el movimiento y la existencia, dice el mismo apóstol: *In ipso vivimus, movemur, et sumus.* (*Act. XVII. 28.*)

Dios tiene en su poder nuestra vida, nuestra muerte, nuestro tiempo, nuestra eternidad, nuestra alma y nuestro cuerpo; de él dependemos como los rayos dependen del sol, y la sombra del cuerpo. El nos ha creado y nos crea constantemente con su providencia paternal; de él tenemos todos nuestros sentidos exteriores, é interiores, todos los bienes temporales y espirituales...

Oíd á S. Gregorio: Dios, dice, vive en todas las cosas; está fuera de todo, Dios está en todas partes, sobre todo y debajo de todo. Está encima de todo con su poder, debajo por el sostén que á todo presta; en el exterior por su grandeza, y en el interior por su sutileza. Es uno y también todo. En todas partes sostiene presidiendo, y preside sosteniendo; penetrándolo todo, rodea, y rodeando, todo lo penetra; sobre todas las cosas, todo lo gobierna sin cuidados, todo lo sostiene sin trabajo. Está, pues, debajo y encima de todo sin lugar, y más allá de todo sin extensión (1).

Pecad donde esteis seguros que no está Dios. ¡Ah! Ningun lugar hay fuera de este Sér infinito, dice S. Bernardo: *Pecca ubi nescis esse Deum; nullus locus extra Deum.* (*Lib. de Modo bene vivendi, c. XXIX.*)

Si subo á los Cielos, Señor, dice el Salmista, allí estais; si bajo al fondo de los abismos, allí os encuentro: *Si ascendero in Caelum, tu illic es; si descendero in infernum, ades.* (*CXXXVIII. 8.*) Si tomo las alas de la aurora, si voy á habitar á los confines de los mares, vuestra mano es la que allí me conduce, y vuestro dedo es el que allí me sostiene: *Si sumptero pennas meas diluculo, et habitavero in extremis maris, etenim illuc manus tua deducet me, et tenebit me dextera tua.* (*CXXXVIII. 9-10.*)

Ninguna criatura, dice el gran apóstol, es invisible ante Dios; sino que todo está desnudo y descubierto á su vista: *Non est ulla creatura invisibilis in conspectu ejus; omnia autem nuda et aperta sunt oculis ejus.* (*Hebr. IV. 13.*)

Si queréis cometer el mal, dice S. Agustín, buscad un lugar donde Dios no os vea, y haced allí lo que queráis: *Si peccare vis, quare ubi te non videat*

(1) Ipse manet infra omnia, ipse extra omnia, ipse supra omnia, ipse infra omnia; et superior est per potentiam, et inferior per sustentationem: exterior per magnitudinem, interior per subtilitatem. Unus idemque totus, ubique presidiendo existens, sustinendo presidens; circumdando penetrans, penetrando circumdans sine inquietudine superior regens, sine labore inferior sustinens. Est itaque inferior et superior sine loco; est amplior sine latitudine. (*Moral., lib. II. c. VIII.*)

*Deus, et ibi fac quod vis.* (Lib. de spiritu et anima). Pero oíd al Señor: Soy el que escudriña las entrañas y los corazones, y daré á cada cual según sus obras: *Ego sum scrutans renes et corda, et dabo unicuique secundum opera sua.* (Apoc. II. 23).

Dios escudriña los corazones y las entrañas, dice también el Real Profeta: *Scrutans corda et renes Deus.* (VII. 10). Has colocado mis iniquidades delante de ti, Señor, y nuestra vida ha quedado iluminada con el brillo de tu rostro: *Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo; seculum nostrum illuminatione vultus tui.* (Psal. LXXXIX. 8). No dormiré, no dormiré el que guarda á Israel: *Ecce non dormitabil neque dormiet, qui custodit Israel:* (Psal. CXX. 4). Habiéis conocido, Señor, el momento de mi sueño y el de mi despertar; descubriste de lejos mis pensamientos. (Psal. CXXXVIII. 2). Señor, vos que conocéis todas las cosas, el porvenir como el pasado, me habéis formado, y habéis colocado sobre mí vuestra mano: *Ecece, Domine, tu cognovisti omnia novissima et antiqua; tu formasti me, et posuisti super me manum tuam* (Psal. CXXXVIII. 5). Vuestra ciencia es maravillosamente superior á mí, y no puedo alcanzarla: *Mirabilis facta est scientia tua ex me; confortata est, et non potero ad eam* (Psal. CXXXVIII. 6). ¿A dónde iré delante de vuestro espíritu? ¿A dónde huir delante de vuestro rostro? *Quo ibo a spiritu tuo? et quo a facie tua fugiam* (Psal. CXXXVIII. 7). He dicho: Tal vez las tinieblas me ocultarán; y la noche ha iluminado mis placeres. Delante de vosotros no tienen oscuridad las tinieblas, y la noche brilla como el día, las tinieblas, y la luz no son para vosotros más que una misma cosa: *Quia tenebre non obscurabuntur a te, et nox sicut dies illuminabitur; sicut tenebre ejus, ita et lumen ejus.* (Psal. CXXXVIII. 12).

Dios, dice la Sabiduría, es el verdadero escudriñador de los corazones: *Deus cordis scrutator est verus.* (I. 6). Estamos en su mano, nosotros y nuestros discursos, y toda nuestra sabiduría, y la ciencia de las obras y la regla de la vida: *In manu illius, et nos, et sermones nostri, et omnis sapientia, et operum scientia, et disciplina.* (Sap. VII. 16).

Hemos de temer á Dios en público, dice S. Agustín; hemos de temerle en secreto. Marchad: os ve. El sol brilla: os ve. Es de noche, y os ve. Entrad en vuestro cuarto: os ve. Temed al que cuida de miraros, y temiéndole no le ofendáis (1).

Dios, dice en otra parte aquel gran doctor, es todo ojo, todo mano y todo pié; porque todo lo ve, todo lo hace, y está en todas partes: *Deus totus oculus est, totus manus, et totus pes; quia omnia videt, omnia operatur, et ubique est.* (Epist. III. ad Fortun.)

El Señor es el Dios de las ciencias, dice la Escritura, él es el que prepara todos los pensamientos: *Deus scientiarum Dominus est, et ipsi preparantur cogitationes.* (I. Reg. II. 3). Y esto quiere decir que conoce todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres; y los pesa, los clasifica, los aprecia y los mide...

Dios mira é interroga el corazón: *Dominus inuetaur cor.* (I. Reg. XVI. 7).

(1) Ipse timeudas est in publico, ipse in secreto. Proculdubio? Videtur. Lucerna ardet. Videt te. Lucerna exstincta est? Videt te. In cubile intras? Videt te. Ipsum time cui cura est ut videat te, et vel timeudo cantus esto? (Serm. XLVI. de Verbo Domini).

En todo lugar, dicen los Proverbios, los ojos del Señor contemplan á los buenos y á los malos: *In omni loco oculi Domini contemplantur bonos et malos.* (XV. 3). Dios mira los caminos del hombre, y considera todos sus pasos: *Respicit Dominus vias hominis, et omnes gressus ejus considerat.* (Ibid. v. 21). Dios mira desde lo alto del Cielo, ó más bien desde su profunda eternidad, ve, considera todo lo que sucede en el Cielo, en la tierra y en los infernos; todo lo pasado, presente y futuro; todos los secretos y misterios del corazón. Debemos también nosotros mismos, á nuestra vez, verle, respetarle, servirle con los ojos del alma y de la memoria, en todo tiempo y en todo lugar...

Dios, dice Plinio, es todo inteligencia, todo ojo y todo oído: *Deus totus est sensus, totus visus, totus auditus.* (Lib. II. c. VII).

Todos los caminos del hombre están descubiertos ante sus ojos, dicen los Proverbios; el Señor pesa los espíritus: *Omnes vias hominis patent oculis ejus; spiritum ponderator est Dominus.* (XVI. 2). Dios dirige, dispone, mide, pesa juzga los espíritus...

Dos ojos del Señor, dice el Eclesiástico, son más penetrantes que el sol, ven al hombre entero y el fondo del abismo y consideran todas las dobles del corazón: *Oculi Domini multo plus lucidiores sunt super solem, circumspicientes omnes vias hominum, et profundum abyssi, et hominum corda intuentes in absconditis partes.* (XXIII. 28).

Señor, dice S. Agustín en los soliloquios, consideras mis pasos y mis caminos, y noche y día velas para custodiarme; todo lo observas. Sois el espectador de todos mis pensamientos y de todas mis acciones; como si, olvidando el Cielo y la tierra, sólo os ocupaseis de mí. La luz inmutable de vuestra vista no puede creer, si no miráis más que una cosa; ni disminuir, si las miráis todas juntas. Porque, así como veis perfectamente una cosa en particular, veis también perfectamente todas las cosas reunidas, á pesar de su diversidad.

Veis todas las cosas como una sola y cada cosa, como todas juntas, sin división, cambio ni disminución. Estais enteramente en todos los tiempos, sin que haya para vos tiempo; y me veis como si no hubiese ninguna otra cosa que ver. Así velas sobre mí como si os olvidaseis de todo lo demás y no quisieseis ocuparos más que de mí sólo. Os manifestais siempre presente; os ofrecéis como estando siempre pronto si me encontráis dispuesto á mí. En cualquier parte en que esté yo, no os alejais, porque estais en todas partes, á fin de que en todas partes á donde vaya os encuentre á vos, por quien existo, á fin de que no perezca privado de vos, no pudiendo existir sin vos. Confieso que todo lo que hago, en cualquier parte que lo haga, lo hago en presencia vuestra; y todo lo que hago, lo veis aún mejor que yo. Porque estais presente en todas mis obras, como continuo testigo de todos mis pensamientos, de todas mis intenciones, de todas mis alegrías y acciones. Y cuando lo considero con atención, Señor, Dios mio poderoso y terrible, quedo confundido de temor y de vergüenza, porque se nos ha impuesto una rigurosa necesidad de vivir con justicia y rectitud, haciéndolo todo en presencia del Juez que todo lo distingue.

Acordaos, dice S. Basilio, que estais bajo las miradas de Dios, que ve los secretos de los corazones, y conoce lo que está oculto en el alma. En todo lo

que queréis hacer, examinad antes si lo que premeditáis es según Dios; y si es según la regla, hacedlo; pero, si no es según Dios, alejadlo de vuestro espíritu (1).

Todas las cosas eran conocidas del Señor antes de ser creadas, dice el Eclesiástico; y las ve todas ahora que las ha hecho: *Domino enim Deo, antequam crearentur, omnia sunt agnita; sic et post perfectum respicit omnia.* (XXIII. 39). Dios todo lo ve, siendo el Creador, el conservador y el que dirige todas las cosas...

Todas las cosas están presentes ante Dios; porque para él ni pasan los tiempos pasados, ni llegan los futuros. El pasado no se va, todo está ante sus ojos: la eternidad no tiene pasado ni porvenir; todo es presente...

Sean todos los que habitan la tierra, dice el Eclesiástico, que sois el Dios que contempla los siglos: *Sciant omnes qui habitant terram, quia tu es conspectus seculorum.* (XXXVI. 19). Contempláis, es decir, proveéis, prevéis, ordenáis, conceís, gobernáis, recompensáis, castigáis...

Las obras de todos los hombres, dice la Escritura, están delante de Dios, y nada se esconde á su vista; su mirada se extiende de uno á otro siglo, y nada es extraordinario en su presencia: *Opera omnis carnis coram illo, et non est quidquam absconditum ab oculis ejus; á seculo enim usque in seculum respicit, et nihil est mirabile in conspectu ejus.* (Ecl. XXXIX. 24-25).

Dios, inmóvil en su eternidad, todo lo tiene ante su vista...

El corazón del hombre es engañoso é impenetrable. ¿Quién le conocerá? dice Jeremías. Yo, el Señor que sondea los corazones, y sondea las entrañas, doy á cada uno según sus obras y según el fruto de sus obras (2).

Siempre Dios nos mira, y siempre obra en nosotros; finalmente es todo en todos... Como el alma es la vida del cuerpo, dice san Agustín, Dios es la vida del alma; y así como el cuerpo expira cuando entrega el alma, el alma expira cuando pierde á Dios: *Sicut vita corporis anima est, sic vita animæ Deus; sicut exspirat corpus, cum animam emittit; ita exspirat anima, cum Deum amittit.* (Serm. XVIII de verbis Apost.)

Estamos tan unidos á Dios físicamente, que cada vez que respiramos, aspiramos á Dios. Hagamos que suceda lo mismo en lo moral; que nuestra alma no aspire más que á Dios, no piense más que en Dios, é invoque sin cesar á Dios. Dios está más en nosotros que nosotros mismos; y alternativamente, estamos nosotros también en Dios como la luz está en el aire, y el aire en la luz...

El Señor, dice el Salmista, conoce todos los pensamientos de los hombres: *Dominus scit cogitationes hominum.* (XCIII. 11). Sus párpados interrogan á los hijos de los hombres: *Palpebre ejus interrogant filios hominum.* (Psal. X. 5).

(1) *Memento te sub Domini conspectibus stare, qui occulta cordis prospicit, et abdita mentium novit. In omni opere quod cogitas facere, prius examina, si secundum Dominum est quod cogitas, et si rectum est coram Domino, perice; si vero adversum fuerit reperitur, amputa illud ab anima tua. (Ad filium spirit.)*

(2) *Pravum est cor et inscrutabile. Quis cognoscat illud? Ego Dominus scrutans cor, et probans renes; qui do unicuique juxta viam suam, et iuxta fructum adinventorum suorum. (XVII. 9-10).*

Dios está siempre cerca de nosotros, dice S. Pablo: *Dominus prope est.* (Philipp. IV. 5).

El señor vuestro Dios está en medio de vosotros, dijo Moisés á su pueblo: *Dominus Deus tuus in medio tui.* (Deuter. VI. 15).

1.º La presencia de Dios excluye todos los pecados.

El recuerdo de Dios excluye todos los crímenes, dice S. Jerónimo: *Memo-ria Dei excludit omnia flagitia.* (Lib. VII in Ezech., c. XXII).

La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios, dice S. Basilio: *Hec una recordatio, si esset assidua, contra omnia vitia medelam præberet.* (In Psal.)

Acordaos de Dios, y no pecaréis, dice S. Ignacio: *Memento Dei, et non peccabis.* (Ad Hieronem.)

2.º La presencia de Dios nos hace inquebrantables y como impecables.

Siempre tengo presente ante mi vista al Señor, dice el real Profeta; está á mi diestra, y no seré conmovido: *Providebam Dominum in conspectu meo semper; quoniam á dextris est mihi ne commovear.* (XV. 8). Implorad al Señor, y seréis fortificados, añade el Salmista; buscad sin cesar su presencia: *Querite Dominum, et confirmamini; querite faciem ejus semper.* (CIV. 4).

Con la presencia del Juez que todo lo sabe, dice Boecio, se tiene un vivo horror á los vicios, y los evitamos; se ama la virtud, y se practica. (Lib. V. de Consolat., prosa VI).

José se ve violentamente atacado; recuerda la presencia de Dios, y queda victorioso. ¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios? *Quomodo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* (Genn. XXXIX. 9).

Susana se ve también fuertemente atacada y solicitada; se acuerda de que Dios la ve, y triunfa. (Daniel XIII).

Tertuliano decía á los enemigos y perseguidores de los cristianos: acusais á los cristianos de que cometen grandes crímenes; los calumniáis. Son incapaces de hacerlo. ¿Por qué? Porque saben que están siempre delante de la vista de Dios, delante de su Juez; y este pensamiento les hace como impecables. (Apolog.)

3.º El recuerdo de esta santa y saludable presencia nos hace observar la ley de Dios.

Señor, dice el Salmista, mi alma ha guardado vuestros preceptos, los ha amado con ardor, y he observado vuestros mandamientos y vuestra ley, porque he dado todos mis pasos en vuestra presencia: *Custodivit anima mea testimonia tua, et dilexit ea vehementer; servavi mandata tua, et testimonia tua; quia omnes viæ mee in conspectu tuo.* (CXVIII. 167-168).

4.º Con la presencia de Dios quedan vencidos nuestros enemigos.

El terror, dice la Escritura, se apodera de los enemigos de la salvación, en presencia de Dios, que lo ve todo, y huyen: *Timor hastibus incussus est ex presentia Dei, fugerunt.* (II. Machab. XII. 22).

Cuando el hombre está en presencia de Dios, dice el abate Serapion, sus enemigos nada pueden contra él. (In Vit. Patr.)

La presencia de Jesucristo ahuyentaba legiones de demonios de los cuerpos

Ventajas y dichos preciosos de la presencia de Dios.

de los poseídos; y el mismo prodigio se verifica para alejar á los demonios, cuando recordamos la presencia de Jesucristo. El demonio, el mundo, la concupiscencia, todo queda vencido y derribado con aquella alma poderosa é invencible...

Hay un medio infalible de vencer al enemigo, dice S. Antonio, y es el continuo recuerdo de la presencia del Señor. Este pensamiento burla los proyectos de los malignos espíritus, y los ahuyenta como el humo: *Unica est ratio vincendi inimicum animæ: Domini jugis recordatio, quæ demonum ludos quasi funum expellit.* (Vit. Patr.)

5.º Dios escucha y oye la oración del que se mantiene en su divina presencia.

Los ojos del Señor están puestos sobre los justos, dice el real Profeta; sus oídos escuchan y oyen sus oraciones: *Oculi Domini super justos, et aures ejus in preces eorum.* (XXXIII. 16).

6.º Aquella santa presencia de alegría y felicidad.

He recordado la presencia de mi Dios, dice el Salmista, y mi corazón se ha llenado de alegría; mi boca, Señor, ha cantado vuestras alabanzas; mi carne ha reposado en la esperanza: *Providebam Dominum in conspectu meo semper: propter hoc latitatum est cor meum, et exultavit lingua mea, insuper et caro mea requiescit in spe.* (XV. 8-9). Mi alma se hallaba en la tristeza; entonces me acordaba del Señor, y daba gritos de alegría: *Renuit consolari anima mea; memor fui Dei, et delectatus sum.* (Psal. LXXVI. 3-4).

Casiano dice, según el abate Isaac, que la dicha de esta vida consiste en el frecuente recuerdo de Dios: Esta divina presencia proporciona al hombre, ya en esta vida, un gusto anticipado de la bienaventuranza eterna.

No se puede vivir dichoso más que en la presencia de Dios, sabiendo que nos mira, que nos cuida, que nos protege y que desea colmarnos de favores.

Así como el sol alegra, ilumina, calienta, embellece, vivifica y fecundiza la naturaleza, la presencia de Dios alegra, ilumina, abraza, fecundiza y vivifica el alma...

7.º Esta preciosa presencia da vida al alma, y se la conserva.

Viviremos en presencia de Dios, dice el profeta Oseas: *Vivemus in conspectu ejus.* (VI. 3). Los que se mantienen en presencia de Dios, y saben que Dios los ve en todas partes y siempre, viven santamente; no hay más vida que aquella, y tratan de agradar á Dios en todo, y de hacer su santa voluntad. Viviremos en su presencia, es decir, estaremos llenos de vigor y de salud, fructificaremos, seremos activos, fuertes, enérgicos y llenos de honor y de gloria...

Ved lo que dice el Señor: Buscadme, acordaos de mí, y vivireis: *Hæc dicit Dominus: Querite me, et vivetis.* (Amos. v. 4).

Con la presencia de Dios viviremos de la virtud y en la virtud: viviremos de la gracia en este mundo, y de la gracia en el otro...

8.º La presencia de Dios nos hace perfectos.

Dios apareció á Abraham, y le dijo: Soy el Señor omnipotente; anda en mi presencia y sé perfecto: *Ego Deus omnipotens; ambula coram me, et esto perfectus.* (Gen. XVII. 1). El camino de la perfección es la presencia de Dios...

Oid al mismo Séneca: Vivid con los hombres como si estuviérais delante de Dios, y hablad con Dios como si los hombres os oyeran: *Sic vive cum hominibus, tanquam Deus videret; sic loquere cum Deo, tanquam homines audiant.* (Lib. I Epist. X ad Lucil.)

Sereis perfecto y sin mancha manteniéndoos en presencia del Señor, vuestro Dios, dice el Deuteronomio: *Perfectus eris, et sine macula cum Domino Deo tuo.* (XVIII. 13).

Es imposible, en efecto, no tender á la perfección en presencia de Dios: con tal presencia se vive de Dios; y vivir de Dios es ir pronto á la perfección; á la más alta perfección; porque es dedicarse á evitar todo lo que desagrada á Dios, haciendo cuanto le place...

9.º La presencia de Dios nos proporciona todos los bienes.

El 1.º fruto de esta presencia es la huida del pecado...; el 2.º la victoria sobre las tentaciones, los peligros y los enemigos...; el 3.º es que el alma habita en el Cielo...; el 4.º es que nos volvemos como ángeles; porque los ángeles, dice Jesucristo, ven siempre el rostro del Padre... (Math. XVIII. 20); el 5.º es el amor de Dios...; el 6.º es que esta presencia disipa la ira, la codicia, las distracciones, los lujos, y hace que el hombre sea virtuoso y perfecto...

Hay tres lazos con los que los Santos se ligan fuertemente á Dios, á fin de serles fieles y no ofenderle: el 1.º es el respeto hácia la Divina Majestad en todo presente y juzgándolo todo...; el 2.º es el recuerdo de la bondad y de los beneficios de Dios...; el 3.º es el temor de Dios fundado en la consideración del último juicio y de la venganza divina...

Cómo conseguireis vencer las distracciones en la oración? dice S. Basilio. Pensando seriamente en que Dios os está mirando: *Quomodo obtinebit quis ut in oratione sensus ejus non vagetur? Si cogitet se assistere ante oculos Domini.* (In Psal.)

¿De qué bien podemos privarnos en presencia de Dios? dice Filon. En la presencia de Dios nos llegan á tropel todos los bienes y todas las ventajas: *Quid boni defuerit, presente omnipotente Deo? Tunc proveniunt æcervatim cuncta commoda.* (De Migratione Abraham).

Si nos aplicamos, dice S. Crisóstomo, á ver constantemente á Dios con los ojos del alma, si tratamos de recordar su santa presencia, todo nos parecerá fácil, todo será para nosotros ligero, todo lo sufriremos, y seremos superiores á todo (1). Si aquel que recuerda á un excelente amigo, dice S. Crisóstomo, recobra valor y siente su corazón lleno de alegría con tan dulce recuerdo, aquel que traiga á su memoria la idea de aquel Dios tan bueno, que se dignó amarnos tiernamente, ¿cómo podría estar triste, ó sentir alguna impresión sinistra, ó temer algún peligro? (2).

(1) Si semper mente videmus Deum; si semper in recordatione ejus convertimus mentem nostram; omnia nobis facilia apparebunt, omnia portabiles; omnia sustinebimus, omnibus superiores afficemur. (Homil. XXVI. in Epist. ad Hebr.)

(2) Si quisquam, recordatus amici; erigit animam suam, de licentia ex memoria illius; qui in mente habuerint eum qui nos diligere vere dignatus est quando poterit aliquam sententiam tristitiam, aut terribile aliquid, aut periculosum timere! (Homil. XXVI. in epist. ad Hebr.)



Todo abunda en donde está Dios, dice Filón; y habitualmente derrama por todas partes una multitud de bienes perfectos: *Impossibile est deesse commo- dum aliquid, ubi Deus presidet, solitus plura perfectaque bona largiri rebus omnibus.* (De Migratione Abrahæ).

El continuo recuerdo de la presencia de Dios es el principio de todos los bienes, como el olvido de la presencia de Dios es causa de todos los males. Por esta razón Moisés no cesa de decir á los hebreos: Acordaos de vuestro Dios; *Recorderis Domini Dei tui.* (Deut. VIII, 2). Por esta razón los hombres sabios y santos de todos los lugares y de todos los siglos han puesto todos sus cuidados en no olvidarse jamás de Dios, y se han aplicado siempre á recordar su presencia con el pensamiento, con la invocación y con la alabanza y el amor...

El que se ocupa de la presencia de Dios, se asegura la gracia, la virtud, la salvación y la gloria eterna...

Tantas inestimables ventajas y felices efectos de la presencia de Dios deben llevarnos á vivir con esta inefable presencia...

No hemos de perder de vista la presencia de Dios.

Se ha dicho que Noé y Henoch anduvieron constantemente en presencia de Dios; *Ambulavit cum Deo.* (Gen. VI, 9).

Como no hay ningún momento, dice Hugo de S. Victor, en que el hombre no use ó no disfrute de la bondad y de la misericordia de Dios, no debe tampoco haber ningún momento en que no recuerde su santa presencia; pues habéis de mirar como perdido todo el tiempo en que olvidáis á Dios (1). Lo mismo dice S. Bernardo, y de la misma manera se expresa el gran S. Agustín, diciendo: Así como no hay, Señor, ni una hora, ni un instante en toda mi vida en que no use de vuestros dones, no debe haber tampoco en ella ningún instante en mi vida en que cese de teneros presente ante mi vista, en mi recuerdo, y en que no deba amaros con todas mis fuerzas (2).

Tened presente á Dios en vuestra alma todos los días de vuestra vida, dijo Tobías: *Omnibus diebus vite tue, in mente habeto Deum.* (VI, 6). En la memoria, para acordaros de él constantemente; en vuestra inteligencia, para pensar en él muchas veces, y meditar sobre sus infinitas perfecciones ó infinitas bondades; en la voluntad, para que le respetéis siempre, le améis, le bendigáis, le obedezcáis, le glorificuéis, y vigileis siempre para evitar toda ofensa y todo pecado.

Pensad en Dios en todos vuestros pasos, y él os dirigirá, dicen los Proverbios: *In omnibus vis tuis cogita illum, et ipse diriget gressus tuos.* (III, 6).

Pensad en Dios: 1.º muchas veces...; 2.º reconoced á Dios en todo y por todo, es decir, tenedle y adoradle presente por todas partes...; 3.º pensad en Dios, es decir, no veáis más que á Dios para término en todas vuestras acciones...; 4.º pensad en Dios, es decir, en su operación y en su gracia...; 5.º re-

(1) Sicut nullam esse momentum, quo homo non utatur, vel fruatur Dei bonitate, et misericordia; sic nullam debet esse momentum, quo eum presentem non habeat in memoria; omne enim tempus in quo de Deo non cogitas, hoc te reputa perdidisse. (*Lib. III, de Anima*).

(2) Sicut nulla est hora, vel punctum in omni vita mea, quo tuo beneficio non utar; sic nullum debet esse momentum, quo te non habeam ante oculos in mea memoria, et non diligam ex omni fortitudine mea. (*In Soliloq., c. XVIII*).

conoced á Dios en todas vuestras vías, es decir, representaos á Dios, la voluntad de Dios, su vida, su doctrina, su moral, su ley, como debiendo ser siempre la regla de vuestra conducta, de vuestras costumbres, de vuestros pensamientos, de vuestras obras y de toda vuestra vida...

Hemos de interrogar nuestro corazón con el mayor cuidado, dice S. Basilio, y no permitir que el pensamiento de Dios se aparte de nosotros, ni el pensamiento de todo lo que ha hecho por nosotros: no dejar manchar nuestra memoria con pensamientos fútiles y de nada; es menester, por el contrario, ocuparnos asiduamente en la santísima presencia de Dios, imprimirla fuertemente en nuestra alma, como una señal, como un sello; porque es por el recuerdo asiduo de aquella presencia que se adquiere el amor á Dios, y podemos ser fieles en observar su santa ley. (*In Gen.*)

Si en todo lugar y en todo tiempo los ojos de Dios nos contemplan, es justo que por nuestra parte le contemplemos con perseverancia, en todo lugar y en todo tiempo, ya rogándole, ya cantando ó alabándole, bendiciéndole, dándole gracias, ó adorándole con el Salmista, que dice: Alma mía, bendice al Señor en todos los lugares de su dominio: *In omni loco dominationis ejus, benedic, anima mea, Domino.* (CII, 22). Alma mía, bendice al Señor, y no olvides jamás sus misericordias: *Benedic, anima mea Domino; et noli oblivisci omnes retributiones ejus.* (CII, 2).

¿Qué pide el Señor de vosotros? dice el profeta Miqueas. Que andéis con atención en la presencia de vuestro Dios: *Quid Dominus requirit a te? Utiq; sollicitum ambulare cum Deo tuo.* (VI, 8).

El 1.º motivo es que no podemos sustraernos á la mirada de Dios, ya quea-

Motivos de recordar la presencia de Dios.

mos, ó no queramos...

El 2.º es la cuenta que habremos de dar á Dios de todo lo que ve en nosotros...

El 3.º es pensar cuán grande y terrible es la majestad, en cuya presencia se conmueven las columnas de los Cielos, tiemblan los serafines y querubines, y se cubren con las alas el rostro...

El 4.º es recordar los cuidados de Dios para nosotros...

El 5.º es que esta majestad exige que la tengamos presente sin cesar ante nosotros, y que la sirvamos con humildad y obediencia...

El 6.º es que el olvido de Dios es causa de todas nuestras caídas...

El 7.º es que tengamos cuidado de que hemos de vencer á numerosos y terribles enemigos, y sólo podemos triunfar de ellos por el ejercicio de la presencia de Dios...

El 8.º es reflexionar que todo lo que tenemos depende de Dios, y que respecto de él somos pobres mendigos...

El 9.º es la necesidad que de andar en la presencia de Dios tienen todos los hombres, y en todos sus pensamientos y en sus acciones, debiendo presidir al menor de nuestros actos, ya relativos al cuerpo, ya relativos al alma, la exactitud, la solicitud y la perfección, según la ley y la voluntad de Dios; á fin de que en todo podamos agradarle más y más y conseguir sus gracias. Una acción mediana, hecha perfectamente vale más que una acción exceleñte hecha con negligencia y tibieza; porque Dios mira más bien la manera como se practica una acción, que la magnitud de la misma acción...

Pocas personas se acuerdan de la presencia de Dios.

¿A cuántas personas podríamos dirigir aquella reprensión que san Juan Bautista hacía a los judíos hablando de Jesucristo? Hay uno en medio de vosotros que no conocéis: *Medius vestrum stetit, quem vos nescitis!* (Joann. I. 26).

El real Profeta ha caracterizado muy bien al mundo, llamándolo una tierra de olvido: *Terra oblivionis*. ¿Quién, efectivamente, piensa en el mundo en la presencia de Dios? ¿En qué piensan los niños? ¿en qué piensan los jóvenes?... ¿en qué se ocupan la mayor parte de las mujeres?... ¿cuáles son los pensamientos y las ocupaciones del labriego, del negociante, del letrado y del hombre de oficina? El que está dado á la embriaguez, el blasfemo, el libertino, el iracundo, el envidioso, el hombre del mundo, todos esos indiferentes, esos incrédulos é impíos, ¿en qué piensan? ¿Se cuidan de Dios? Sus iniquidades prueban lo contrario...

La mayor parte no tienen otro altar erigido que el que S. Pablo vió en Atenas, en cuyo frontispicio campeaba la inscripción: Al Dios desconocido: *Ignoto Deo...*

Desgracia es olvidar la presencia de Dios.

El impío, llevando la arrogancia en su frente, se olvida de Dios y le desprecia.

Los pasos del que se olvida de la presencia de Dios, dice el Salmista, están en todo tiempo llenos de manchas: *Non est Deus in conspectu ejus; inquinatæ sunt viæ illius in omni tempore*. (X. 5).

Todas las pasiones surgen en el olvido de Dios...; todas las virtudes desaparecen... todos los enemigos llegan...

El olvido de Dios es causa de todos los males... Nos olvidamos de nosotros mismos por olvidarnos de Dios..., y todo está perdido, el tiempo y la eternidad...

## PROGRESO Y NÚMERO DE LOS CRÍMENES.

Grandes y numerosos son los crímenes en la tierra.

La Sagrada Escritura nos dice que en tiempos de Noé la tierra estaba corrompida ante Dios y llena de iniquidad. Cuando Dios vió que la tierra estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino, dijo á Noé: El fin de toda carne ha llegado para mí; pues la tierra está llena de iniquidad con la presencia de los hombres, yo los perderé con la tierra (1).

El ángel exterminador había herido á los egipcios; no había casa en donde no hubiese un muerto: *Neque erat domus in qua non jaceret mortuus*. (Exod. XII. 30). ¡Ay! ¿no podríamos hoy, en vista del progreso de los crímenes, decir que en casi todas las casas hay muertos espirituales?

Leemos en la Escritura que hubo en Israel, en tiempo de Antíoco, una gran mortandad de jóvenes y de ancianos, de mujeres, de niños y de doncellas: *Fiebant cades juvenum ac seniorum, et mulierum, et natorum exterminia, virginumque neces*. (II. Machab. v. 13). ¡Triste imágen de lo que vemos con el número y el progreso de los crímenes!

El real Profeta gemía en su tiempo por el torrente de iniquidades que se desbordaba: Se han pervertido y corrompido, dice: no hay uno que obre bien, ni uno sólo. Todos se han extraviado; han caído en disolución: no hay uno que obre bien, ni uno sólo (2).

El santo ha desaparecido de la tierra, dice el profeta Miqueas, y el justo de entre los hombres: todos tienden lazos en la sangre; el hermano ha arrastrado á su hermano á la muerte: *Periit sanctus de terra, rectus in hominibus non est: omnes in sanguine insidiantur; vir fratrem suum ad mortem venatur*. (VII. 2).

La mayor parte de los hombres sirven al demonio, y llegan á ser presa y pasto suyo...

La tierra quedará desolada por los crímenes: *Et terra erit in desolationem*. (Mich. VII. 13).

Todos, dice el Apocalipsis, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tienen el carácter del bruto en su mano ó en su frente: *Et faciet omnes pusillos, et magnos, et divites, pauperes, et liberos, et servos, habere characterem in dextera manu sua, aut in frontibus suis (bestiarum)*. (XIII. 16).

Muchos, dice S. Pablo, se han entregado á un espíritu de rebelión, de frivolidad y de seducciones: *Sunt multi inobedientes, vaniloqui, seductores*. (Tit. I. 10).

¿Y qué siglo ha visto jamás mayor indiferencia, incredulidad, impiedad,

(1) Corrupta est terra coram Deo, et repleta est iniquitate. Cumque vidisset Deus terram esse corruptam, omnis quippe caro corrumperet viam suam, dixit ad Noe: Finis universæ carnis venit, et ego disperdam eos. (Gen. vi. 11-13).

(2) Corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. (XIII. 1-3).

blasfemias, profanaciones, desobediencia, odio, calumnias, impurezas, injusticias, mentiras, escándalos, orgullo, avaricia, envidia y excesos de todas clases que el siglo en que vivimos...?

**H**emos de lamentar el progreso y el número de los crímenes. En tiempo en que el impío Antiocho hacia tanto mal al pueblo de Dios, el piadoso é intrépido Matatías dijo: ¡Desgraciado de mí! ¿Por qué he nacido, si he de ver la aflicción de mi pueblo y el aniquilamiento de la ciudad santa, y si he de permanecer en ella mientras que es entregada al poder de sus enemigos? Su santuario está en manos de los extranjeros; su templo está como un hombre en la ignominia; los vasos de su gloria han sido llevados á tierra extraña; sus ancianos han sido asesinados, y los jóvenes han caído tambien al golpe de la espada de los enemigos. Se le ha arrebatado toda su magnificencia; era libre, y ha venido á ser esclava; y todo lo que teníamos de santo, de hermoso y de brillante, ha sido desolado y profanado. ¿Para qué, pues, vivimos todavía? Y Matatías y sus hijos desgarraron sus vestidos, se cubrieron de cilicios, y se sujetaron á un gran duelo. Matatías gritó despues á alta voz por la ciudad, diciendo: Sígame el que tiene el zelo de la ley y guarda la alianza del Señor. Y huyó él con sus hijos á las montañas, y abandonaron todo lo que tenían en la ciudad. (I. Machab. II.)

Al ver los mismos excesos, y al verlos tal vez mayores, imitemos á aquel santo anciano y á sus hijos: lamentemos, oremos, y huyamos...

## PROVIDENCIA.

**D**ios sólo, dice S. Cipriano, gobierna el universo; con su palabra manda todo lo que existe; todo lo rige en su suprema razon, y todo lo lleva á término con su infinito poder: *Mundi unus est rector, qui, universa quæ sunt, verbo jubet, ratione dispensat, virtute consummat.* (De Unit. Eccles.)

Hay una providencia que es admirable.

La Providencia es la voluntad permanente de Dios de conservar el órden físico y moral que ha establecido en el mundo al crearlo.

La providencia de Dios, que todo lo conserva y rige, es una creacion continua...

La integridad, la perfeccion, la semejanza, la variedad, el órden, la union, la sucesion, la fuerza, el poder y la vida de todo, tomadas separadamente y reunidas juntas, son admirables...

Es lo que hace decir al Poeta: Dios, infinitamente grande, hace resplandecer su omnipotencia en las cosas más pequeñas.

*Eminet in minimis maximus ipse Deus.*

Su providencia resplandece en el átomo como en el sol, en un grano de arena como en las más altas montañas; en una gota de agua como en el océano, en un mosquito como en el águila, en el más pequeño y el más débil de los insectos como en el leon, en la tierra como en el firmamento, en todos los elementos, en todas las estaciones y en todas las más variables producciones...

**S**i Dios no tuviese ningun cuidado de las cosas de este mundo, y sobre todo de las criaturas inteligentes, sería como nulo para nosotros, y muy indiferente fuera saber si existe ó no existe. La sabiduria, la bondad, la justicia y la santidad que le atribuímos, serían palabras vacías de sentido: la moral no sería más que una vana especulacion, y la religion sería un absurdo. Por ésto la primera leccion que Dios dió al hombre al sacarle de la nada, fué la de enseñarle que su Criador era tambien su dueño, su padre, su legislador, su bienhechor y su providencia. Dios no sólo se ha dado á conocer á él como un sér de una naturaleza superior, eterna, infinita, sino como el autor y el conservador de todo, como el remunerador de la virtud y el vengador del crimen. Al crear Dios el mundo, no obró con la ciega impetuosidad de una causa necesaria, sino con la inteligencia de un sér libre, independiente, con reflexion, con prevision y atencion á la perpetuidad de su obra y al bienestar de sus criaturas. Habló, y todo quedó hecho; vió al propio tiempo que todo estaba bien...

Necesidad de la Providencia.

Lo que se llama casualidad no es más que una palabra vana; todo sucede por la providencia de Dios...

Si la providencia de Dios cesase un instante de conservar, de sostener, de dirigir y de vivificar todas las cosas, todo volvería en un instante al caos, todo

sería destruido y derribado. El sol no recorrería más su carrera, la luna y las estrellas desaparecerían; la tierra no sería ya fecunda; el océano no respetaría ya sus límites; la fiera no se alejaría ya de la habitación del hombre; los animales domésticos se convertirían en tigres, etc., y el Cielo mismo quedaría aniquilado...

Providencia en el orden físico.

Oíd la admirable descripción que el Real Profeta hace de la Providencia en el salmo CIII; Bendice, ó alma mía, al Señor: ¡Señor, Dios mío, qué grande sois en vuestra magnificencia, en vuestra providencia! Os habeis vestido de gloria y de hermosura, os habeis cubierto de luz como un manto. Extendéis los Cielos como un pabellón; las aguas permanecen suspendidas al rededor de vuestro santuario; las nubes son vuestro carro; andáis sobre las alas de los vientos, y las tempestades son vuestros mensajeros, y las llamas vuestros ministros; habeis afirmado la tierra sobre sus cimientos, y los siglos no la moverán. El abismo de las aguas la envolvía como un vestido, y las aguas cubrían las montañas. A vuestra amenaza han huido; al ruido de vuestro trueno se han llenado de pavor. Subían sobre los montes, y descienden á los valles á los lugares que les señalasteis. Vos les habeis fijado los límites, que no traspasarán. Enviáis fuentes en los valles; sus aguas pasan por medio de los montes; quitan la sed á todas las fieras; en sus orillas moran las aves del Cielo, hacen oír sus voces en medio del follaje. Desde las alturas de vuestra mansion, regáis las montañas, y la tierra queda saciada con los frutos que esparcen vuestras manos. Hacedis germinar para los rebaños yerba en el prado, y mieses para el hombre. Hacedis nacer de la tierra el vino que alegra su corazón. Le dais perfumes que embellezcan su rostro, y pan que le alimente. Regáis los árboles de las selvas, los cedros del Líbano, plantados por vuestras manos. Allí anidan las aves, allí tiene un asilo el herodio; las cumbres de los montes son el camino de los ciervos, y las tortuosas cavidades de las peñas el refugio de los erizos y animales tímidos.

La luna señala los tiempos; el sol conoce la hora de aparecer y desaparecer en el horizonte. Traéis las tinieblas, y llega la noche; y entonces las fieras de las selvas vagan en la sombra. Los leones rugen por su presa, y piden á Dios su alimento. El sol se levanta, las fieras se retiran, y se esconden en sus madrigueras.

El hombre sale entonces para el trabajo del día y para cultivar sus campos hasta la noche.

¡O Dios, qué magníficas son vuestras obras! ¡qué rica y admirable es vuestra providencia! Todo lo habeis hecho, todo lo regís con vuestra sabiduría, y la tierra está llena de vuestros bienes.

Ved el Océano que se extiende á lo léjos; allí se mueven animales sin número, grandes y pequeños; allí se pasean los buques; allí aquel Leviathan que habeis formado para jugar en el abismo. De vos aguardan todas las criaturas su alimento en el día señalado. Vos dais, y ellas recogen; vos abris la mano, y ellas quedan saciadas con vuestros dones: *Omnia a te expectant, ut des illis escam in tempore. Das te illis, colligent; aperiente te manum tuam omnia implebuntur bonitate.* (Psal. CIII, 27-28). Cubris vuestro rostro, y se turban; retirais vuestro soplo, y expiran, y vuelven á ser polvo. Enviáis vuestro espi-

ritu, y renacen, y la faz de la tierra queda renovada: *Emittes spiritum tuum, et creabuntur; et renovabis faciem terræ.* (Ibid. X, 30). Subsista para siempre la gloria del Señor, y regocíjese el Señor en sus obras. Mira la tierra, y se estremece; toca las montañas, y se abrazan...

Celebrad á Jehovah, invocad su nombre, anunciad sus obras en medio de los pueblos: cantad sus alabanzas, y hablad de todas las maravillas de su providencia. (Psal. CIV, 1-2).

Los ojos de todas las criaturas están fijos sobre vos, Señor; vos les dais su alimento en tiempo conveniente. Vos abris vuestra mano, y saciais todo lo que respira: *Oculi omnium in te sperant, Domine; et tu das escam illorum in tempore opportuno. Aperis tu manum tuam, et imple omne animal benedictione.* (Psal. CXLIV, 15-16).

La providencia de Dios, dice S. Crisóstomo, es el almacén, el granero, la renta de los pobres; es una renta segura, perpétua é inagotable: *Providentia Dei est census pauperum: isque certus, perennis et inexhaustus.* (Homil. ad pop.)

Si en el orden moral hay infracciones, no es culpa de la Divina Providencia, es culpa del hombre rebelde á la Divina Providencia; pero la Providencia es tan poderosa, que hasta saca bien del mal, orden del desorden. Y como dice S. Agustín, Dios jamás hubiera permitido el mal, si no hubiese sido bastante poderoso para convertirlo en bien.

(Véase Mezcla de buenos y malos.)

La Divina Providencia dirige sola y como le place el orden sobrenatural. Desde el principio del mundo ha tenido por objeto la salvación del género humano: tal ha sido en todos los siglos el fin de su conducta. Pero ejecuta esto gran designio con medios impenetrables á vuestras débiles lices: ilumina á una nación con la antorcha de la fe, mientras deja á otra en las tinieblas de la infidelidad, sin que ésta tenga derecho de quejarse ni la otra de enorgullirse. Dios concede también á cada individuo la medida de la gracia y de dones sobrenaturales que juzga á propósito, sin que nadie tenga derecho á pedirle cuenta de su conducta. La providencia de Dios se extiende sobre todos; quiere el bien de todos y hace bien á todos; y si algunas veces castiga, es que se ve precisada á ello por las desobediencias, las rebeliones, los desprecios y los ultrajes del hombre criminal....

Oh! qué sabiduría en aquellas palabras de Jesucristo: No os cause inquietud vuestra existencia, ni cómo hallaréis para comer; ni vuestro cuerpo, cómo lo vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad á los pájaros del Cielo; no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial les alimenta: ¿No sois de más precio que ellos? *Nonne meliores estis vos?* ¿Quién de vosotros podría con su industria añadir un palmo más á su estatura? Y el vestido, ¿por qué ha de causaros inquietudes? Ved los lirios de los campos como erecen: no trabajan, no hilan. Así pues, os lo repito: Salomon, en toda su gloria, no estaba vestido como uno de ellos. Porque, si Dios reviste así la yerba de los campos, que vemos hoy, y mañana será arrojada al horno, ¿cuánto mayor cuidado no ha de tener de vosotros,

Hemos de confiar en la Providencia.

hombres de poca fe? No os inquietéis pues, y no digáis: ¿Qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿cómo nos vestiremos? Los gentiles se aflanan por estas cosas; pero nuestro Padre celestial sabe que lo necesitáis. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo se os dará con creces: *Quærite ergo primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.* (Math. VI, 25-33).

Depositad todos vuestros cuidados en el seno del Señor, dice el Salmista, y él será quien provea vuestras necesidades: *Jacla super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet.* (LIV. 23).

Objeciones contra la Providencia.

Los filósofos modernos, dice Bergier, repiten contra la Providencia los sofismas de los antiguos filósofos, y vuelven á caer en las mismas preocupaciones. Los unos piensan que es imposible que una sola inteligencia pueda ver todas las cosas hasta el último detalle y prestarles su atención; los otros juzgan que esos cuidados minuciosos serian indignos de la majestad divina, y degradarían su sabiduría y su poder; otros suponen tambien que semejante administracion turbaria su reposo y su dicha. Una prueba, dicen la mayor parte de esos hombres ciegos, de que no es un Dios soberanamente poderoso y sabio el que ha hecho el mundo y lo rige, es que, bajo diferentes aspectos, hay grandes defectos en esta obra; prueba de que no es el quien los rige: es que continuamente suceden aquí desórdenes entre los que no es el menor el de dejar la virtud sin recompensa, y el vicio sin castigo....

Entre los filósofos paganos, unos, como los Epicúreos, sostuvieron que todo en el mundo es efecto de la casualidad, y que los dioses, dormidos en un profundo reposo, no se cuidaban de ello en manera alguna. Los otros, sobre todo los Estóicos, imaginaron que todo lo decidía la ley del destino, ley á la que estaba sujeta la misma divinidad. Otros, finalmente, dóciles á las lecciones de Platon, imaginaron que el mundo habia sido hecho ó estaba regido por espíritus, genios, demonios ó inteligencias inferiores á Dios, y que los tales obreros, impotentes y poco hábiles, no habian sabido corregir las imperfecciones de la materia, ni podian impedir los desórdenes de este mundo.

Ninguno de estos sistemas era honroso para la divinidad, ni tampoco consolador para los hombres. Tal es, sin embargo, todo lo que la razon humana habia encontrado mejor. Es claro que aquel caos de errores estaba fundado sobre cuatro nociones falsas: la 1.ª concerniente á la creacion, que los filósofos no querian admitir; la 2.ª en lo concerniente al bien ó al mal, que tomaban por términos absolutos, mientras que son tan sólo términos de comparacion; la 3.ª respecto del poder infinito, que comparaban al limitado poder de los hombres; y finalmente la 4.ª concerniente á la divina justicia, que suponian falsa-mente habia de ejercerse en este mundo. Deber nuestro es demostrarlo.

Objeciones resueltas.

1.º Si los filósofos hubiesen comprendido que Dios tiene el poder creador, que ejercita con su sola voluntad, y que con una sola palabra lo ha hecho todo, hubieran tambien concebido que el gobierno del universo no puede costar más á Dios que la creacion, ni degradar su majestad soberana. Aquí los filósofos comparaban ya la inteligencia y el poder de Dios á la inteligencia y el poder del

hombre; y porque un rey se cansase y degradase entrando en los más ligeros pormenores del gobierno de su imperio, deducian que lo mismo debia suceder á Dios. Consecuencia ridicula y falsa. La idea del poder creador es la que ha levantado el espíritu y la imaginacion de los escritores sagrados, y les ha inspirado, hablando del poder de Dios, expresiones tan superiores á todas las concepciones filosóficas. Dios, segun ellos, no ha hecho más que llamar de la nada á los seres, y éstos se han presentado; tiene las aguas de los mares, y pesa el globo en el hueco de su mano; los Cielos son obra de sus dedos; y el es quien dirige los astros en su curso majestuoso, pudiendo con una palabra sepultar en el abismo ó aniquilar el Cielo y la tierra.

Le basta conocer su poder para ser no sólo todo lo que es, sino todo lo que puede ser.

2.º Hemos dicho que no hay en el mundo ni bien ni mal absoluto, sino sólo por comparacion, de modo que, cuando se dice que hay mal, se quiere significar que hay menos bien que el que podria haber. Hemos observado que no hay ninguna criatura á la que Dios no haya hecho bien, aunque haya podido hacerle más, y aunque le haya hecho menos que á otros. Así pues, es un absurdo pretender que todo está mal, porque todo está menos bien de lo que podria estar; y es otro absurdo suponer que un sér creado, y por consiguiente muy limitado, puede hallarse absolutamente bien y sin faltas en todos conceptos; pues en tal caso seria como Dios, seria la perfeccion infinita.

3.º Tendríamos una falsa nocion de lo infinito, suponiendo que Dios, por ser omnipotente, debia hacer todo el bien que pudiese: esto es imposible, puesto que puede hacerlo hasta lo infinito. Esta suposicion encierra una contradiccion, queriendo que Dios omnipotente no pueda hacer otra cosa mejor. Aquí vuelve todavia la falsa comparacion entre el poder humano; el hombre debe hacer todo el bien, ó lo mejor que pueda, porque su poder es limitado; pero no sucede lo mismo respecto de Dios, cuyo poder es infinito.

4.º No razonaban mejor los filósofos escandalizándose de que Dios castigase siempre los crímenes en este mundo. Tal conducta en la Divinidad seria demasiado rigurosa, tratándose de un sér tan débil é inconstante como el hombre, le quitaria el tiempo y los medios de hacer penitencia. A veces lo que parece un crimen á los hombres, es una accion laudable ó inocente; y aun más á menudo lo que les parece un acto de virtud, procede de una intencion criminal. La Providencia seria, pues, injusta si se conformaba con el juicio de los hombres. Por otra parte, las recompensas de este mundo no son bastante para una alma virtuosa é inmortal por su naturaleza; es menester que la virtud sea probada en la tierra para merecer una dicha eterna.

El impío que, en su ceguedad, murmura contra la Providencia, dice: Si yo fuese Dios, obraria de otra manera. Al que así habla podria respondersele: Dios obraria de muy diferente manera, si fuese hombre...

Callemos, admiremos, y adoremos á la providencia de Dios, dándole rendidas gracias; sometámonos á su paternal gobierno, y nos conducirá á buen fin.